

Confieso que he sido un villano, un loco, un infame; pero ya estoy arrepentido... Perdonadme las dos... Perdóname tú principalmente, Isabelina de mi alma—añadió volviendo á besar las manos á su mujer, que seguía llorando;—tú, que eres la principal ofendida, perdóname, y no llores más... que seré bueno siempre... Perdóname, vida mía; perdóname... perdóname...

X

Á TODO HAY QUIEN GANE

Á TODO HAY QUIEN GANE

I

Nos encontramos en la calle del Clavel, cerca de la puerta de mi casa, que era el número 8, y me dijo Luis, dándome un abrazo:

—¡Chico, cuánto me alegro de encontrarte!

—Yo también me alegro, como siempre.

—¡Ah! pero yo muchísimo más: no puedes figurártelo. ¿Sabes?... soy el hombre más desgraciado del mundo.

—¿Estás seguro de ello?

—Segurísimo; no puede haber nadie tan desgraciado como yo en toda la redondez de la tierra... Tienes que venir á almorzar conmigo...

—No veo la relación entre el almuerzo y la desgracia, pero almorzaremos juntos si quieres. Dime dónde me esperas para cuando vuelva de hacer la visita á los pobres de la Conferencia de San Vicente... ó ven conmigo. Ten-

go enfermo á mi compañero de visita y voy solo. ¿Por qué no habías tú de acompañarme?

—Bueno, pero ¿no sería lo mismo almorzar primero?... Después te acompaño á donde quieras: no tengo nada que hacer, y aunque lo tuviera, no estoy para hacer nada. ¡Qué desgraciado soy!

—Pero hombre, ¿por qué?

—¡Ay, querido Antonio! te tengo que contar muchísimas cosas. Necesito contárselas á alguno, y á nadie mejor que á tí que sé que me quieres y harás por consolarme. Me has venido hoy como llovido del cielo.

—Pues no tenías necesidad de haber esperado la lluvia. ¿Por qué no venías á buscarme á casa?

—¿Crees que me acuerdo dónde vives? Si no me acuerdo de nada, hombre, de nada absolutamente... ¿No sabes lo que me ha hecho Cecilia?

—No; pero se me figura que sé lo que no te ha hecho... No te ha hecho caso.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie me lo había dicho hasta ahora; lo suponía.

—Pero hombre, ¿y por qué has de suponer tú esas cosas? Lo raro es que aciertas...

—No es lo raro, es lo natural.

—¿Lo natural? ¿Te parece á tí natural que

una mujer tan buena como Cecilia... porque es muy buena, ya sabes que es muy buena, y además es preciosa, eso sí, preciosísima: alta, esbelta, rubia, sonrosada, con unos ojos tan azules y tan hermosos, y una sonrisa tan encantadora, y una voz tan dulce, y un andar tan majestuoso y tan elegante, y un aire y un todo tan aristocrático y tan distinguido, y unos ojos...

—Sí, muy hermosos y muy azules; creo que ya lo has dicho.

—Es verdad, pero ya no me acuerdo de lo que iba á decir.

—Me ponderabas la bondad y la belleza de Cecilia, en balde por cierto, pues la conozco y sé que es verdaderamente un encanto; pero me preguntabas si me parecía natural...

—Eso es. ¿Te parece á tí natural...?

—¿Que te haya dado calabazas? Me parece la cosa más natural del mundo.

—¡Muchas gracias! ¿pero qué idea tienes de mí?

—Muy buena: ya ves si tendré buena idea de tí cuando soy tu amigo. Pero eso no obsta para que crea que en ese asunto te has equivocado, que no has sabido lo que has hecho, y que tenía que sucederte lo que te ha sucedido.

—No sé por qué.

—Pues ven acá, bájate de los vericuetos del romanticismo, ponte en lo llano, discurre seriamente y dime: ¿creerías tú con facilidad en el amor de una mujer á quien el día antes ó la semana antes hubieras visto enamorada del vecino?

—¡Ah! Tú crees...

—Que por lo mismo que Cecilia es formal y es buena, ha debido desconfiar de tí. ¿Qué quieres? Yo sé que tú también eres formal en ese terreno, incapaz de mentir ni engañar á nadie y que de veras la amas, pero las apariencias te condenan. ¿Qué pruebas has dado, qué motivo tiene ella para creer que tu amor sea tan leal y tan firme como dices? ¡Si era ayer todavía cuando...!

—¿Y tú crees que si hubiera yo tenido paciencia y constancia y hubiera sabido esperar á que Cecilia se convenciera de mi sinceridad, de mi amor...?

En esto, subiendo por la calle del Caballero de Gracia, llegamos á la Pastelería Suiza y entramos.

Un camarero muy fino, que nos conocía de habernos servido muchas veces en el Congreso, donde tenía una sucursal la casa de Spescha, nos presentó la lista; mas como ni uno ni otro hicimos caso de leerla, se adelantó á decir:

—¿Quieren ustedes para empezar...?

—Cecilia...—dijo Luis, tratando de reanudar la conversacion de antes...

Y efectivamente, puede decirse que almorzamos Cecilia para empezar, para continuar y para concluir, porque mi amigo no acertaba á hablar de otra cosa, y ni comió apenas, ni me dejaba comer á mí, obligándome á escuchar sus interminables lamentaciones.

II

Cuando salimos de la repostería eran más de las cuatro de la tarde. ¡Si me habría Luis contado cosas!...

Media hora despues llegábamos los dos al final de la calle de Embajadores y entrábamos en una casa que tenía un patio con un corredor por todo el cuadro, ó mejor dicho, con cinco corredores, pues cada uno de los cinco pisos tenía el suyo, al cual daban las puertas numeradas de las *habitaciones*, que así llaman los caseros y sus apoderados á aquellos cuchitriles.

Subimos los cien escalones que había hasta el corredor del piso quinto, y tirando de una cadenilla de hierro muy oxidada que colgaba junto á una de las puertas, junto á la señalada con el número 9, se abrió ésta y entramos en un cuartucho donde había dos mujeres, un

gato, un sofá viejo, tres sillas, dos con el asiento roto y una sin asiento, una mesa pequeña de chopo con dos libros desencuadrados y un altarcito de carton encima, una máquina de coser y unas tiras de lienzo crudo.

La más jóven de aquellas dos mujeres representaba como unos cuarenta años (tenía veintinueve) y conservaba en su rostro el sello de la hermosura, aunque un poco borrado por haberle puesto ya encima otros dos sellos, el de la enfermedad y el de la miseria.

Pepita, que así la llamaba su madre, se había casado á los diez y ocho años con un curial, no sé si escribano ó procurador, había vivido en una casa de nueve mil reales, y había tenido un niño y una niña, ambos muy hermosos.

Cuando se creía muy feliz, y lo era en realidad, su marido hizo una trastada, y queriendo enmendarla con otra mayor, se marchó á América. El primer año la escribió veinte veces, el segundo año dos, el tercero ninguna, y así sucesivamente.

La pobre Pepita llegó á saber que se había hecho un perdido, que no se acordaba de su mujer ni de sus hijos para nada, y comprendiendo la necesidad de procurarse el sustento, no sólo para sí, sino para sus hijos y para su anciana madre tullida, que era la otra mujer

que vimos en el cuarto, adquirió con sus últimos ahorros una máquina Singer, donde hacía para una tienda de la calle de Atocha calzoncillos de á dos pesetas.

Por cada pieza la pagaban en la tienda tres perros chicos, con lo cual dicho se está que, áun trabajando todo el día en la máquina, ganaba poquísimo dinero.

Pero en cambio había ido ganando una enfermedad incurable. Cuando empezó á sentirse mal, la Conferencia la envió un médico, y por consejo de éste, además del ordinario socorro, se la daban unos bonos para tomar leche todos los días. Todo iba á ser en vano: la debilidad era cada vez mayor: los vómitos de sangre se repetían cada vez con más frecuencia; estaba tísica de remate.

—Ya vé usted—me decía su madre, arrasados en lágrimas los ojos;—lo primero que la ha dicho el médico es que deje de coser en la máquina, que la hace muchísimo daño; y no lo quiere dejar porque dice que si no cose no comemos.

—Es claro—dijo Pepita con tono apacible.—¿Qué les voy á dar si no, á mi pobre madre y á esos ángeles de mi alma?... ¡Si viera usted qué hermosos están! ¡Ay, Dios! pero ¿qué será de ellos si yo me muero pronto? Crean ustedes que cuando pienso en esto...

Y también se la saltaron las lágrimas.

En esto sonó la campanilla.

—¡Ay!—dijo Pepita dirigiéndose á la puerta, limpiándose los ojos y tratando de sonreírse;—ellos son: vienen de la escuela.

Se abrió la puerta y entraron en efecto los dos niños, que, como á mí me conocían ya de otras veces, vinieron á saludarme y á darme un beso. Rafael tenía diez años y María siete. Su madre y su abuela se deshacían con ellos en caricias.

Poco despues nos despedimos, y al bajar la escalera me decía Luis:—¿Qué será de estos niños? ¡Pobre madre!

—¿No te parece—le dije—que es casi tan desgraciada como tú?

—Ya sé que me quieres decir que es algo más, y tienes razón; pero eso no quita de que yo lo sea mucho... Y por supuesto, que éste es un caso completamente raro: no me presentarás otro parecido.

—Puede ser que otro no se parezca del todo á éste; pero en fin, tú me lo dirás luego.

III

Diez minutos más tarde estábamos en las Peñuelas en una buhardilla, donde no se podía uno poner derecho, alumbrada, hasta cier-

to punto, por una tronera del tejado, y habitada por un matrimonio jóven que tenía dos niñas, una de ellas muda, y un niño de pecho que se estaba ahogando de la tos ferina. El marido era peon de albañil y hacía dos meses que no tenía trabajo: todos los días recorría todas las obras de Madrid, y volvía á su casa con mucho cansancio, mucha gana de comer y muchas malas contestaciones. La mujer vendía por las calles medias y calcetines que la fiaban en un comercio, pero hacía cuatro días que no podía salir por la enfermedad del niño. La niña mayor lloraba y la segunda aullaba de hambre.

—Dios les bendiga á ustedes—nos dijo la pobre mujer:—hoy no nos hemos desayunado.

—Tampoco cenamos anoche—añadió la niña que hablaba.

—¿Qué te parece de éstos?—le dije á Luis en cuanto se cerró detras de nosotros la puerta del cuartucho.

Pero Luis, en vez de contestar, se volvió hacia mí diciéndome:

—¿Qué quiere aquella niña que nos hace señas con la mano?

Miré hacia donde Luis apuntaba, y ví, á la parte de adentro de la puerta medio entornada de la buhardilla de enfrente, una niña como de seis años, que no me era desconocida,

pues varias veces, al subir ó al bajar, la había encontrado en la escalera.

—¿Qué quieres, chiquita?—la pregunté.

—Que hagan ustedes el favor de pasar.

Luis se detuvo y me dejó paso. Despues siguió detras de mí, agachado, como yo seguía detras de la niña, por un pasillo estrecho, abuhardillado, largo y oscuro, que desembocaba en una pieza bastante anchurosa, pero á teja vana y destartaladísima. En el ángulo de la izquierda, segun se entraba, había un jergon en donde estaba acostada sin cabecera y tapada con unos andrajos una mujer que, levantando un poco la cabeza, nos dijo:

—Perdonen ustedes; pero he mandado á la niña que, si les veía á ustedes, les llamara, para ver si me pueden socorrer con algo... He dado á luz esta mañana dos criaturas (al decir esto levantaba un poco los fragmentos de manta para que las viéramos) y no tengo más amparo que el de Dios y el de las almas buenas...

—¿Vive usted aquí sola?

—Con mi marido, que no parece venir... marchó al ser de día y... no habrá concluído...

—¿Está trabajando?

—No, señor; vendiendo periódicos... Antes era empedrador; pero se destrozó una mano, y ahora se dedica á vender papeles...

—Poco ganará...

—Si acaba los dos paquetes, una peseta...

La niña que nos había introducido se había puesto á hacer fiestas á otro niño como de tres años, que se revolcaba desnudo sobre los ladrillos y trataba de subirse al jergon de su madre.

Aquella infeliz no era visitada de la Conferencia, pero viendo lo grave de la necesidad, y á reserva de ponerlo en conocimiento del presidente, la dí dos duros y la ofrecí que avisaría en la Casa de Socorro.

—¿Y éstos?—le dije á Luis bajando la escalera;—¿qué te parece de todos éstos? ¿serán más desgraciados que tú?

—Déjame, por Dios—me contestó,—que voy muy preocupado. Es imposible un desamparo mayor que éste.

IV

Subimos de las Peñuelas por el Arroyo de Embajadores, que es un arroyo sin agua, pero muy sucio. Entramos en una casucha vieja y ennegrecida donde había un olor insoportable. Despues de recorrer un pasillo estrecho y oscuro como el de antes, llegamos á un cuarto más oscuro todavía, tras de ser pequeño hasta lo increíble. En una de las esquinas se acurru-

caba un hombre medio desnudo arrebujado en una manta vieja: en otra había algo así como un jergon muy disimulado, encima del cual se percibían dos bultos que podían ser dos niños, y en otra, resguardado por una especie de paredoncillo de media docena de cantos, había un poco de lumbre.

Después que se fué acomodando la pupila á aquella oscuridad, vimos que los bultos del jergon eran dos niños efectivamente. Tenían viruelas. El uno, como de cinco años, se acababa de morir, y el otro estaba agonizando. El padre, atacado probablemente de la misma enfermedad, pues tenía una calentura muy fuerte, después de enterarse de que íbamos á verle en nombre de la Conferencia, nos decía, tratando de explicarnos su situación, con voz fatigosa:

—Yo era mozo de cordel en Albacete y me vine á Madrid creyendo que en la corte se ataban los perros con longaniza. Me recogí aquí provisionalmente... No encontraba trabajo ni ocupacion... A los pocos días cayó mi mujer enferma de viruelas... Vino por aquí el señor cura de la parroquia, y viendo la pobreza en que estábamos, nos dió una limosna y dijo que nos recomendaría á la Conferencia. Murió mi mujer hace ocho días... Después cayeron con viruelas los dos niños, el mayorcico se ha

muerto esta mañana, y otra niña, que es un poco mayor que él, ha ido á avisar á la parroquia para enterrarle... y lo peor es que yo también estoy mal, y no sé qué va á ser de esas criaturas...

—Tenga usted confianza en Dios, amigo—le dijo Luis,—y pídale consuelo y paciencia, que bien lo necesita.

—Sí, señor, sí—contestó el pobre.—¡Estoy pasando una temporada!... Vale Dios que me acuerdo de que todavía están peor otros infelices que no tienen ni siquiera un cuarto como éste y tienen que pasar la noche en la calle...

Luis se llevó el pañuelo á los ojos.

—Tenemos que ir á ver al ecónomo de la parroquia—me dijo cuando salíamos de la casa,—porque la limosna que dais de la Conferencia es muy buena y muy santa, pero es insuficiente para estos casos extraordinarios. Le voy á dar al señor cura lo que me había de costar el teatro en todo este mes, para que provea de sustento y abrigo á esta pobre familia. ¡Qué desolacion tan grande!

V

Quando volvíamos hacia el centro de Madrid, después de haber visitado al señor cura de las Peñuelas y haberle dejado un billete de

veinte duros para atender á aquellos desgraciados, Luis no hablaba.

—¿En qué piensas?—le dije para sacarle de su silencio.

—En que don Pedro Calderon, ademas de ser un gran poeta, era un gran filósofo.

—¡Ah! ¿lo dices por aquello de los dos sabios de *La vida es sueño*?

—Sí, porque debía de tener un gran conocimiento del corazon humano; porque parece que estaba viendo el mío; parece que por mí escribió aquello de

«..... á esta parte
Hoy el cielo me ha guiado
Para haberme consolado,
Si consuelo puede ser
Del que es desgraciado, ver
Otro que es más desgraciado».

—¿Es decir, que ya no tienes seguridad de ser el hombre más desgraciado de la tierra?

—No, ni con mucho. No sabe uno lo que dice las más de las veces.

—¡Hombre, hombre! ¿es posible que ya no pienses en Cecilia, ni te parezca tan hermosa?...

—No exageres: me parece lo mismo que antes, y no puedo olvidarla. Lo que hay es que

estableciendo comparaciones, con toda mi desgracia soy felicísimo.

—Sí, porque has visto que hay otros que cogen las hojas...

—Es verdad; porque

«Hallo que las penas mías,
Para hacerlas alegrías,
Las hubieran recogido»

todos éstos que hemos visto esta tarde.

—¡Y tantos otros, Luis, tantos otros!

XI

EL CABALLO DEL DIABLO

EL CABALLO DEL DIABLO

Sucedió aquel día lo que sucede todos los domingos en el otoño: que se quedó el pueblo sin gente.

Apenas salieron de misa mayor comenzó á despajarse todo el mundo. La gente moza salía á bandadas por la *Carrera* hablando mucho, riendo y retozando, y se dirigía hacia el valle de *Ormas* á coger manzanas y á ver si empezaban á caer ya los hayucos para volver á ellos al día siguiente. Los rapaces pasaban el puente de *Lacorban* y marchaban tambien en bandadas al soto abajo: iban á avellanas á la *Paliella*. Hasta las mujeres de alguna edad iban á moras á las *Sobargas*, ó porque habían estado allá otras veces, ó porque habían leído ú oído lo que decía un romance indígena, que venía á ser así como inventario de las riquezas y comodidades del lugar:

Tendeña para las ruedas,
Bachende para las cambas,

.....
Las Sobargas para moras,
 Que tienen muy buenas zarzas.

Todas estas frutas, las moras, los hayucos, las manzanas, las avellanas, y otras muchas más, como las *sangüesas*, las fresas (*belluetamos*), las grosellas, las majuelas, las mostajas y los arándanos, se crían por allí en los montes, en los brezales y en los sotos de las orillas del Esla, sin más cultivo que la bendición del Criador de todas las cosas.

El hecho es que Riángulo parecía aquel domingo un cementerio, pues ni aún había bolera en la plaza, y eso que estaba un día de sol muy hermoso.

Las mujeres que habían ido á moras procurarían volver para el rosario, que solía ser á media tarde: también volverían la mayor parte de los rapaces de las avellanas; pero los que habían ido á manzanas á *Ormas* no volverían hasta por la noche.

Y tenían que volver dando tropezones, porque no había luna.

Me acuerdo bien; como que me encontré yo después de oscurecido, á boca del valle de San Pedro, con una cuadrilla de moscancias y de mozalbetes, capitaneados por Mónica y Agus-

tin que se habían casado hacía muy poco y venían ya ejerciendo de personas formales.

Era yo estudiante, y había salido después del rosario á tirar cuatro tiros á las perdices en las bajeras de *Sarrelengua*. Dí con un bando, que al primer tiro se me pasó al otro valle, donde le tiré tres ó cuatro más, hasta que se oscureció del todo.

Cuando me conocieron los de las manzanas me saludaron muy afables. Preguntéles si habían cogido muchas, y ellos á mí cuántas perdices traía, continuando así en amistosa conversacion al camino abajo.

Unos minutos después decía Agustín celebrando el encuentro:

—¡Vaya, vaya!... Yo que sentí ruido en ese escobal y les dije á éstos: ¿qué diablo será eso que se siente ahí arriba?... ¡Cuando era nuestro don Juanito!...

—Sí—repuso Mónica,—y por cierto que no me gustó que mentaras al diablo: ya te he dicho más veces que nunca se debe mentar al diablo en la conversacion, y de noche menos; porque han sucedido cosas que... Una vez...

—Ya nos va ésta á contar un cuento—dijo Agustín.

—Hace bien—dije yo;—así se nos hará más corto el camino.

—No es cuento—replicó Mónica,—no se-

ñor, no es cuento: es una cosa que ha pasado, y aquí en este mismo valle y hacia este mismo sitio por donde vamos nosotros ahora. No crean ustedes que es mentira. Se lo oí yo contar muchas veces á mi tía Valentina, Dios la tenga en la gloria, y era una mujer que, tanta verdad podrá decir otra, pero más, no. Pues mire usted, señorito, una vez vinieron tambien á manzanas, como nosotros hoy, la tía Pepa y el tío Andres de la Redonda, que no sé si usted habrá oído hablar de ellos, pero eran los padres del tío Félix López, que todavía vive, y estaban, como éste y yo ahora, recién casados; y venían con ellos una moza que se llamaba Eusebia y otra que no me acuerdo ahora del nombre.

Anduvieron todo el día por el monte sin encontrar manzanas apenas, hasta que á la puesta del sol, en la *Ruada* cerca de la majada de la *Salsa*, dieron con un manzanalón que tenía muchas, más de las que ellos podían traer en dos veces.

Llevaban unas alforjas blancas de las que se usan para echar la merienda á los segadores y para llevar la fiambra á las ferias, pero las llenaron en seguida, y haciéndoseles muy cuesta arriba dejar las manzanas allí, llenaron tambien las mangas de la chaqueta del tío Andres despues de atarlas por la boca; se qui-

tó despues una de las mozas la saya bajera y la hicieron servir de costal, atándola por el cuello con una liga y con otra por el ruedo; y por último, hasta el mandil nuevo de la tía Pepa, atándole las cuatro puntas, sirvió de mochila.

Cargaron como pudieron con las manzanas entre los cuatro, y bajaban arrañados con ellas por lo más espeso del monte, cuando dijo el tío Andres sintiendo ya el hombro molido:

—¡No nos deparara por aquí el diablo un caballo, donde poder llevar estas manzanas que pesan como hierro!...

Y apenas lo había acabado de decir, cuando sintieron como el estornudo de una caballería, entre unas escobas.

—¡Calla!—dijo el tío Andres;—pues aquí parece que se siente ruido como si fuera...

—Sí señor, ahí hay una yegua—dijo una de las mozas.

—¿Cómo andará por aquí á estas horas?—dijo el tío Andres acercándose al bulto, y añadió:—es un caballo, y parece muy leal porque se deja coger.

Era efectivamente un caballo negro mohino, al cual el tío Andres, cuando acabó de hablar, tenía agarrado ya por las crines.

Alegráronse mucho del hallazgo y comenzaron á poner en el caballo la carga que tan

aligidos les traía, sin que el animal se moviera.

Pusieronle sobre el lomo las alforjillas blancas, y terciada como otras alforjas la chaqueta del tío Andres, y terciado igualmente, como un costal á medio llenar, el manteo de Eusebia; y hasta el mandil de la tía Pepa que tambien, como digo, iba lleno de manzanas, se le colgaron del pescuezo.

Como el caballo daba muestras de extraordinaria mansedumbre, no se les ocurrió siquiera que se podía escapar, y le echaron por delante, comenzando á bajar muy contentos por un trechero abajo.

Media hora ó poco menos llevarían andando sin novedad, cuando la tía Pepa comenzó á amalearse por haber perdido el rosario y á decir que no hubiera faltado ella al rosario por todas las manzanas del mundo, sino por el antojo y el capricho que se le había metido en la cabeza á Andres, pero que no lo volvería á hacer, y que era una mala costumbre la de irse los domingos á manzanas; porque los domingos no eran para eso, sino para santificarlos con oraciones y buenas obras, como la había dicho á ella muchas veces doña Rosalía, la señora escribana vieja, con quien había estado sirviendo, la cual siempre decía que el rosario era una oración muy acepta á Dios,

porque era toda ella en alabanza de la Santísima Virgen...

En cuanto empezó la tía Pepa á ponderar las excelencias del rosario, notaron que el caballo no andaba ya tan bien como antes; pero el tío Andres le dió un palo en las ancas diciendo: ¡arre, demonio! y quedándose callada la tía Pepa, el animal siguió su camino.

Mas tornó la tía Pepa á hablar del rosario y á ponderar lo buena que era esta devocion, y tornó el animal á hacer estorvezas y á cocear y á levantarse de ancas y á retorcerse, hasta que tales y tan raros movimiento hizo, que la tía Pepa exclamó asustada:

—¡Jesus-María! Pero ¿qué tiene este caballo?...

Y apenas había concluído la exclamacion sintieron un estampido terrible acompañado de un fognazo, y el caballo desapareció instantáneamente dejando mucho olor á azufre.

—¿Y las manzanas?—preguntó uno de los mozuelos.

—Las manzanas—contestó Mónica—por allí creo que quedaron esparcidas, pero no se pudieron aprovechar porque tambien diz que olían á azufre que apestaban. Lo que no volvió á parecer fué la ropa.

—Se quemaría, si es que se vió como un fognazo—dijo el otro mozo.

—O la llevaría el diablo—dijo Mónica;—lo cierto es que ni el mandil, ni las alforjas, ni la saya, nada encontraron, aunque lo anduvieron buscando por allí despues que se les fué pasando el susto, que era muy grande.

—¿Y no volvieron á ver el caballo?—preguntó una rapazona, disimulando el miedo.

—No, hija, no—repuso Mónica;—¿qué le habían de volver á ver, si no había tal caballo...?

—¿Pues qué era?

—El diablo, hija, el diablo—continuaba Mónica con tono de sincera conviccion;—el diablo en persona, que, como está siempre bien demas, discurriendo cómo perder á las almas, en cuanto oyó al tío Andres afligirse por el peso de la manzana y desear que el diablo le deparara un caballo (porque tenía él costumbre de hablar así), en un instante se volvió caballo y se presentó á servirle, á ver si así podía enredar al tío Andres á que le sirviera á él. Pero luego no pudo resistir que se hablara bien del rosario y empezó á cocear y retorcerse, y por último, cuando oyó los nombres de Jesus y de María, ya no pudo menos de marcharse dando un estallido. Por eso es muy malo mentar al diablo en las conversaciones.

—Pero ¿se te figura que te vamos á creer

todo eso?—dijo Agustin á su mujer cuando acabó aquella relacion maravillosa.

—Pues mira—le contestó Mónica,—si no lo quieres creer, lo dejas; que porque tú no lo creas no ha de dejar de ser verdad. Como que yo misma se lo oí contar á mi tía Valentina, la cual...—me acuerdo como si fuera ahora—decía que la tía Pepa la del tío Andres la había dicho á ella muchas veces: «El primer mandil que tuve me le llevó el diablo».

Y decía que era el primer mandil que había tenido, porque entonces, que era allá antes de la francesada, las mujeres no gastaban mandil hasta despues que se casaban: el primero era el de las vistas.

Agustin siguió contradiciendo á su mujer sobre la verdad y autenticidad del suceso; pero Mónica siguió tambien afirmando que el suceso era cierto, indudable, y sacando de él la consecuencia de que es muy malo mentar al diablo en las conversaciones.

XII

LA TRETA DE MARTINON

LA TRETA DE MARTINON

Parecía tonto, y no era esto lo más malo, sino que además de parecerlo...

Bueno, pues, á pesar de ser tonto, ya verán ustedes cómo se metió en casa...

No en la suya, porque no la tenía, y aún cuando la hubiera tenido, tampoco hubiera hecho en ello grande habilidad, porque á eso casi todos los tontos aciertan; sino en la del vecino...

En la del vecino más rico del pueblo, casándose con su hija.

Y cuenta que Martinon, además de ser tonto y pobre, como queda dicho, era feo como un condenado.

Había tenido las viruelas, de rapaz, y le habían dejado una cara que parecía una piedra toba. Tenía, á mayor abundamiento, los ojos

encarnizados y llorosos á consecuencia tambien de la maligna enfermedad; en fin, que, de la cara, daba asco verle.

Y de lo demas... tampoco era buen mozo: era alton y derechon como un chopo podado, pero desgarrandon y sin gracia ninguna.

—Y ¿con todo eso?...—dirán ustedes.

Sí: con todo eso se atrevió Martinon á poner sus turbios y enlagunados ojos en la muchacha mejor acomodada del lugar, que era Vicenta, la hija del tío Fanfarrin, así llamado de mal nombre, porque era pequeñete y siempre estaba inventariando lo que tenía y ponderando lo bien que iban á quedar sus hijos el día que él faltara, pues como no eran más que uno y una, no tenían más que «hacer así»; al decir lo cual juntaba el tío Fanfarrin los dos puños cerrados y los separaba inmediatamente de arriba retorciendo las muñecas hacia afuera como en ademan de partir un bollo en dos cachos.

La gente de Secadal, que era donde sucedían estas cosas, cuando se enteró de los intentos y de las pretensiones de Martinon, se hacía cruces.

—¿Pero no es bien atrevido?—decía una moza á otra una noche volviendo del rosario.

—¡Ya, ya!—la contestaba su compañera.—

Tendría gracia que despues de tanto presumir Vicenta se casara con uno que no tiene más que el día y la noche.

—¡Sí, que le va á querer!... ¡De aquí á poco!...

—Pues él allá anda.

—Pues el andar tiene por de más, y lo que ande pierde—dijo aproximándose un mozo que venía detras oyéndolas la conversacion;—porque lo que la sobran á Vicenta son pretendientes, y no se hizo la miel para la boca del asno.

—Eso digo yo—añadió la primera de las mozas;—y, vamos, yo no sé... pero harto será que consiga nada más que dar que reir á la gente.

—Dios vos libre de que ella se encapiruche—dijo otro mozo acercándose al grupo tambien,—porque las mujeres, si las da por hacer disparates, los hacen morrudos.

—¡Quiá! no lo creáis—dijo la moza primera.—¿De qué se había de enamorar ella, ni por qué se había de encapiruchar?... ¡Si ademas de ser pobre es más feo que Picio!

—Cuan más, que ¡bonito es el tío Fanfarrin para consentir á su hija tales capiruchos!—añadió el primero de los mozos.—¡Con que creo que ha dicho que no se la lleva ninguno que no la iguale en hijuela!

—Y luego que con el orgullo que tiene Vicenta, ¿se había de ir á casar con un criado de servicio?...

Porque debo advertir á ustedes que Martinon estaba de criado en el meson llamado de la Hoz, situado á unos quinientos pasos del lugar, en el camino por donde pasaba la arriera, que era entonces muy numerosa.

Con lo cual ya no hay que decir que el meson aquél era de mucho movimiento y, naturalmente, de mucho trabajo, de modo que á Martin no le holgaba la madera.

Pero para eso ganaba dos onzas de soldada, que no se ganan así como quiera ni las ganan todos.

Ni tampoco las había ganado él hasta aquellos años últimos, pues al principio había entrado ganando poco más que la comida; luego había llegado á ganar una onza, y despues había ido subiendo hasta las dos cabales.

Porque, eso sí, los amos, el tío Santiago y la tía Petra, no dejaban de estar contentos con él, pues aunque tenía poca inteligencia, para el trabajo era como un oso: aguantaba mucho á hacer las cosas y no se rendía nunca.

Y si le mandaban por vino á Campos y le

entregaban el dinero necesario para cargar, siempre les daba buena cuenta.

De modo que los mesoneros le estimaban y le consideraban como si fuera de la familia.

Pero de esto á que le quisiera la otra...

Lo primero que se le ocurrió á Martinon para acometer su difícil empresa de conquistar la plaza de yerno del tío Fansarrin, fué hacerse amigo de su hijo Felipe, el hermano de Vicenta.

Regularmente habría oído aquel cantar que dice:

A un hermano que tienes
Le quiero tanto,
Porque por la peana
Se adora al santo...

y se le apropiaba tratando de ponerle por obra.

Si disputaba Felipe, ó simplemente sostenía una opinion conversando con otros mozos, siempre salía Martin dándole la razon y apoyándole.

Si jugaban á los bolos, ó á la brisca, ó á otro juego cualquiera, siempre quería ir con él de compañero.

Y es claro, Felipe, que era un pobre muchacho sin malicia, no supo resistir á las continuadas demostraciones de adhesion, y le fué cogiendo cariño...

Un día Martinon se presentó á la mesonera con una cara muy compungida y la dijo:

—Tía Petra, quería pedirla á usted un favor...

—Tú dirás—le contestó ella,—y si se puede, se te hace.

—Es que, mire usted, es un favor muy grande, y no sé si usted me le podrá hacer sin contar con el tío Santiago.

—Bueno, hombre: dí lo que quieres, y se cuenta con él si es preciso.

—No; eso no quisiera...

—Vaya, pues dí: ¿qué es?

—Mire usted... Yo creo que usted tendrá confianza en mí, porque en materia de intereses...

—Sí, hombre; ya ves que siempre la hemos tenido. ¿No has ido muchas veces á tierra de Toro por carros de vino y se te han dado dos mil, dos mil quinientos y hasta tres mil reales, sin más seguridad que tu palabra?... ¿Qué es lo que quieres?

—Si casi no me atrevo á decirlo; porque...

—¿Acabarás de parir hoy, ó mañana?... ¿Qué es ello?

—Si me pudiera usted prestar ocho ó diez mil reales...

—¡Jesus!... ¡Ave María Purísima! ¿Para qué los quieres?—prorrumpió asustada de la cantidad la mesonera.—¿Has dado algun mal paso?... ¿Te han cogido en algun renuncio? ¿Qué azaridad has hecho, enemigo?... ¡Y yo que te tenía por hombre de bien!...

—Y lo soy, tía Petra...

—¡Calla, déjame en paz, pecaol!... ¿Cómo lo has de ser?... ¿Cómo habías de necesitar tú todo ese dinero, no siendo para componer alguna calaverada, para tapar algun delito... alguna cosa muy gorda?... ¡Diez mil reales!... ¡Ave María tres veces!...

Al ver el giro que la mesonera daba al asunto y las sospechas que la asaltaban, se resolvió á ser algo mas explícito, diciéndola:

—No se asuste usted, señora ama, que no he hecho nada malo... Quería ese dinero para dárselo á guardar por unos días á Felipe el del tío Fanfarrin como que era mío... Ya ve usted que allí seguro estaba y...

—No digo que no lo estaría; pero ¿tú le quieres engañar, ó para qué es eso? ¿Con qué fin quieres tú que él crea que tienes tanto dinero?...

—Se lo diré á usted todo, tía Petra... Yo me quería casar con su hermana...

—Ya lo había oído yo; pero... muy alto picas.

—De bajar siempre hay tiempo...

—Eso sí, es verdad.

—Pues verá usted: yo creo que ella sí me querría; pero su padre no está de parte de casarla con un pobre, y si llega á persuadirse de que yo tengo mis ahorrillos...

—Bien los podías tener si no fueras tan gastadoron y tan amigo de andar majo.

—¡Por Dios, tía Petra! Usted me salva, usted me hace hombre si me da ese dinero... Y si puede ser, sin que lo sepa el tío Santiago, no sea que se le escape decirselo al tío Fanfarrin, porque son algo amigos...

La mesonera se dejó ablandar por los ruegos de Martinon, y aunque repugnándola el engaño, le dió diez mil reales en oro, con los cuales se fué él en seguida á casa del tío Fanfarrin, llamó aparte á Felipe y le dijo:

—Mira, chacho, hazme el favor de guardarme ese poco de dinero, porque tengo que ir por vino con el carro, y otras veces lo llevo en el cinto; pero voy expuesto á que me lo quiten en alguna posada ó en algun despoblado, y más seguro está aquí en tu casa.

—Bueno—le dijo Felipe.—¿Cuánto es?

—Diez mil reales me parece que son—le contestó Martin:—treinta onzas y cinco ochentinas...

Felipe, que no tenía bolsillo aparte ni costumbre de guardar dinero en tal cantidad, se lo dió á guardar á su padre refiriéndole el caso.

Desde entonces el tío Fanfarrin comenzó á poner buena cara á Martinon y á recomendarle á su hija como un buen partido.

Ella no le podía ver ni pintado; pero su padre tomó la cosa con tanto calor, y tanto y tanto machacó sobre ella, que no tuvo la infeliz más remedio que resignarse al cabo y á la postre.

—¿Sabes tú lo que son diez mil reales?...—la decía.—¿Sabes tú lo que es un hombre con diez mil reales?...

—No lo sé—decía ella:—lo que sées que Martinon es un hombre muy tonto y... muy feo...

—Eso son monadas. ¿Qué más da que sea feo ó que sea guapo?... Tiene diez mil reales...

—Y todos se ríen de él...

—¡Ah! tontina. Él sí que se reirá de todos el día de mañana... Tiene diez mil reales... Tenéis diez mil reales, además de lo que yo te dé á tí... Con diez mil reales ponéis ahí en la

casa nueva un comercio surtido de todo, y en poco tiempo os hacéis los amos de todo el dinero del lugar y de la comarca, quedándoos ademas el tu caudal entero, y ahí lo tenéis para los hijos... ¿Qué dices?

—Que más quiero no ser tan rica y casarme con un mozo que me guste.

—¿Qué sabes tú ahora lo que quieres, trastuca?... Tú harás lo que yo te mande, que eso debes hacer, porque las muchachas estáis cieguinas y no conocéis las cosas... Ademas, que si no me obedecieras... y yo te desheredara, vamos, que te quitara todo lo que cabe en ley mejorando á Felipe, ¿qué sería de tí, criatura?...

En fin, que por tales razones y ante semejantes amenazas la pobre Vicenta obedeció á su padre como una cordera, y Martinon se salió con la suya.

Y decía para sí el día de la boda, despues de misa:

—¡Ahora que digan que soy tonto!

El tío Fanfarrin se llevó chasco; pero tomó el partido de callar por lo pronto, para que no se dijera que le habían engañado como á un chino.

Pero ¡ay! no fué lo más malo el chasco del tío Fanfarrin, que bien le merecía por codi-

cioso, sino el disturbio y la verdadera catástrofe que la estratagema de Martinon produjo en la familia de los mesoneros, sus protectores.

Porque dió la desdichada casualidad de que al tío Santiago le volviera en aquellos días el alcalde del pueblo tres onzas que le había pedido adelantadas para pagar la contribucion municipal, y al ir á ponerlas con lo otro, le pareció que había mermado, contó, y echó de menos los diez mil reales.

Y como sabía que su mujer, áun cuando conocía el guchipero donde se guardaban los ahorros, jamas cogía nada de allí, pues una peseta que necesitara para un pañuelo se la pedía á él, no le ocurrió sospechar en ella ni preguntarla.

En quien sospechó desde luego fué en un hijo que tenía estudiando en el Seminario, y que había estado poco antes en casa á pasar unas vacaciones.

—¿Quién había de ser más que él?—pensaba el mesonero:—no ha podido ser otro.

Y con esta idea, sin decir nada á su mujer, porque estaba seguro de que nada sabía y no quería darla una pesadumbre, á la mañana siguiente aparejó un machejo terciado, montó en él y marchó á la ciudad diciendo que iba á hacer unas compras.

Se fué derecho á la posada del estudiante,

subió, se encerró con él en una habitación, y con malos modos le pidió cuenta de los diez mil reales que le faltaban.

El hijo le contestó que nada sabía; el padre no le creyó, é insistió en que le declarara para qué le había cogido el dinero; el hijo siguió negando incomodado, y el padre apremiándole furioso y diciéndole improperios; y no contento con maltratarle de palabra, llegó al extremo de abofetearle.

Volvió á su casa tan malhumorado y nervioso, que habiéndolo notado su mujer, le preguntó qué tenía ó qué contratiempo le había sucedido en el viaje.

Obligado por estas preguntas la declaró el robo que había descubierto; y entonces ella le contó minuciosamente la historia, añadiendo que el dinero ya estaba en su sitio, pues aquel mismo día Martinon, vuelto del viaje á tierra de Toro, lo había recogido de poder de su amigo Felipe y se lo había traído.

El mesonero volvió inmediatamente á la ciudad á dar á su hijo explicaciones de la equivocación y pedirle que le perdonara; pero el hijo estaba muy herido... No ya los malos tratamientos, sino la desconfianza y el mal juicio que de él había hecho su padre le habían llegado tan al alma, que no fué posible hacerle deponer su enojo.

Había resuelto en su interior expatriarse, y á los pocos días se marchó á las Américas.

Con lo cual su madre no volvió á tener día bueno; dió en amalecer, amalecer, hasta que murió hipocondríaca.

Bien pagó la infeliz su necia cooperacion al engaño del criado.

Este, en cambio, se ha enriquecido, y vive muy á gusto sin haber pagado nada hasta ahora...

Ya lo pagaré, que no es Dios viejo.